

ESPACIOS MÍTICOS:
HISTORIAS VERDADERAS, HISTORIAS LITERARIAS

Editoras: M^a Dolores Jiménez, M^a del Val Gago,
Margarita Paz y Verónica Enamorado



El Jardín de la Voz
Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular

Serie "Literatura, Etnografía, Antropología"

17

Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá
Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM
Centro de Estudios Cervantinos

© M^a Dolores Jiménez, M^a del Val Gago, Margarita Paz y Verónica Enamorado

1^a edición, 2014

Publicaciones del Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Alcalá, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y del Centro de Estudios Cervantinos

Colección *El Jardín de la Voz: Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular*

Facultad de Filología de la Universidad de Alcalá
C / Trinidad, 5
28801 ALCALÁ DE HENARES
Madrid

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva s.n.
Ciudad de la Investigación en Humanidades.
Ciudad Universitaria, Zona Cultural.
Delegación Coyoacán
MÉXICO, D. F.
C.P. 04510

Centro de Estudios Cervantinos
C / San Juan, s /n
28801 ALCALÁ DE HENARES
Madrid

ISBN: 84-697-1327-2

ISBN 13: 978-84-697-1327-3

LOS MILAGROS DE SAN ANTONIO DE PADUA: MITOS, RITOS, FOLCLORE¹

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

El diálogo, los trasvases y sincretismos entre magia y religión, entre literatura oral y literatura escrita, entre cultura del pueblo y cultura de las élites, han sido una de las claves esenciales en la configuración, desde la noche de los tiempos, del imaginario humano, con todas las representaciones y relatos que produce, transmite y percibe. Todo pensamiento religioso es institucionalización y apropiación política del pensamiento mágico, toda cultura escrita es hija más o menos cercana de la oral y está en intercambio permanente con ella, toda literatura o arte popular refleja de algún modo y es a su vez reflejo, en mayor o menor grado, de las artes de las clases dominantes. Si ello enriquece por un lado el repertorio de nuestras representaciones culturales, introduce también todo tipo de vetas y de sentidos cruzados y hace mucho más dificultosa y compleja (además de fascinante) su interpretación.

¹ Agradezco las sugerencias de José Luis Garrosa, que han contribuido a mejorar este artículo.

Dentro de la constelación inmensa y plural de los relatos que circulan en nuestro imaginario, las leyendas mágico-religiosas en general se hallan sin duda entre las más interesantes, porque movilizan (intensificando, transfigurando, asimilando intertextualidades y trasvases) un repertorio muy amplio y rico de ideas (que recorren todo el arco que va desde lo abstractamente sagrado hasta lo social y ritualmente cotidiano) y otro repertorio muy importante de recursos de estilo (que cubren desde lo simbólico-metafórico hasta las figuras de descripción más realista). Todo con varias, muy claras y obsesivas intenciones: hacer de *lo ficticio* no algo meramente *verosímil*, sino *verdadero*; hacer del *símbolo* no algo simplemente *real* o *normal*, sino *normativo*, *prescriptivo*, *legal*; hacer que el *milagro*, sin que deje de ser considerado como un hecho *no natural*, *excepcional*, sea entendido también como el marco general de todo *lo humano*, y aun de *lo natural* y de *lo universal*.

A todas estas obsesivas paradojas le suman las religiones y las teologías mayores y proselitistas (es decir, las más jerarquizadas, clasificadas, politizadas) una más, que es de algún modo la síntesis y culminación de las anteriores: hacer que todo *lo humano*, todo *lo natural* y todo *lo universal* queden bajo el control *moral* y *legal* de una religión única y superior, la propia (y de una autoridad sumamente centralizada dentro de esa religión).

Contemplados desde esos presupuestos, los recursos de ficcionalidad que son utilizados en el diseño del santo católico nos muestran que el santo opera en su ámbito de modo análogo a como opera el mago o

cualquier otro especialista mágico-religioso no católico en otros ámbitos; que el milagro religioso es sinónimo (y así lo demuestra cualquier comparación ideológica y narratológica) del prodigio mágico; y que las angustias, problemas y necesidades del pueblo católico que pide los favores del santo en muy poco se diferencian de las angustias, problemas y necesidades de los pueblos no católicos que reciben los favores de intermediación, de sanación, de sugestión (llámese consuelo, si se prefiere) del mago, del chamán o del santón de otras culturas.

De este marco general hay que partir para alcanzar una comprensión plena de los relatos que en esta ocasión vamos a ir convocando: supuestos milagros de San Antonio de Padua que, por el hecho de hallarse instalados en la dúctil y ambigua frontera que hay entre el discurso religioso oficial y el discurso mágico popular se nos van a mostrar como ejemplos sumamente aleccionadores de los vaivenes y sincretismos que alberga la tradición, y van a permitir que los analicemos en un laboratorio muy eficaz y representativo de los fenómenos y recursos de estilo, de estructura, de simbolismo, que operan en los relatos de tipo mágico-religioso que circulan por doquier.

Como santo católico, San Antonio de Padua es, sin duda, un eslabón más, adaptado a la ideología y a los ritualismos de la tradición romana, de la inmemorial cadena de sujetos taumatúrgicos cuyas supuestas capacidades prodigiosas ha venerado la humanidad desde que se produjo la chispa primera de la cultura y el primer miedo que puede considerarse humano: es decir, desde el momento en que se

intentó que algún peligro fuera conjurado o atenuado por medio de la magia. De hecho, los esquemas argumentales de muchos, o mejor dicho, de todos los milagros que se atribuyen a San Antonio de Padua son similares a los que en muchas otras culturas y religiones tradicionales se asocian a un elenco extraordinariamente amplio, ambiguo y variopinto de magos, brujos, chamanes, druidas, santones y toda suerte de especialistas mágico-religiosos. Bajo la pátina, a veces delgadísima, del cristianismo, no es nada difícil advertir, apenas se desciende a los niveles del detalle y del contraste, un material narrativo común, consuetudinario, folclórico, compartido por magias y por religiones de lo más diverso. Todo él de naturaleza ficticia, por lo tanto, pero con aspiraciones de recibir, en todos los casos y ámbitos, el sello ennoblecedor de lo verdadero.

El carácter fluido y ambiguo de todas estas fronteras es lo que explica que el pueblo al que la Iglesia católica ha adoctrinado durante siglos para que considerase a San Antonio de Padua, no como un actor más del teatro universal de la magia, sino como un sujeto religioso especial y real, carismático, protagonista demiúrgico de *milagros* de verdad (no de *milagros* de ficción, que es lo que delatan sus paralelos literario-folclóricos), no ha dejado de presionar durante siglos (y con éxito más que considerable) para devolver al santo al territorio nebuloso de la magia, a las ideas y los ritos (la adivinación, la conjuración al diablo, la magia erótica, etc. etc. etc.) que la misma Iglesia –impresionante paradoja– lleva siglos denunciando (y persiguiendo durísimamente siempre que ha podido) como un conjunto de prácticas

antirreligiosas, prohibidas, heréticas, recriminables, a veces incriminables.

En tres artículos anteriores he atendido a varias de las dimensiones y de las tradiciones mágico-religiosas (más mágicas que religiosas, la verdad) en las que ha estado operando y sigue operando hoy la figura de San Antonio de Padua. Auxiliar invocadísimo, por ejemplo, en la localización (es decir, en la adivinación, que es una práctica refutada por la ortodoxia eclesial) de objetos y de personas perdidos, según revelan estos dos conjuros populares, manchego y extremeño, respectivamente:

San Antonio bendito,
la lengua te ato;
si no me aparece,
no te la desato.

Se hace un nudo en el pañuelo².

San Antonio bendito,
la picha te ato,
y, si no me aparece,
no te la desato³.

Fórmulas y ritos que ponen a San Antonio de Padua en extraño compadrazgo con otros sujetos taumatúrgicos no

² La informante de este conjuro fue una señora de Ciudad Real que fue entrevistada por mí el 5 de mayo de 2003.

³ Fernando Flores del Manzano, *Cancionero del valle del Jerte* (Cabezuela del Valle: Cultural Valxeritense, 1996) p. 57. Véase otra versión similar en p. 173.

precisamente recomendables, de los que bastará traer ahora a colación solo al que encarnaría mejor que ningún otro –si se mira desde la ortodoxia católica, no desde la ciencia etnográfica, que está bien acostumbrada a vérselas con este tipo de promiscuidades mágico-religiosas– la naturaleza pecaminosa de estas prácticas mánticas populares:

Diablo, diablo,
de los huevos te ato;
hasta el año que viene
no te los desato⁴.

En otro artículo⁵ he analizado algún supuesto *milagro* que presenta a San Antonio de Padua como pastor de animales salvajes (aves sobre todo) a los que es capaz de mantener mágicamente bajo su control dentro de un recinto cerrado, y en él he señalado sus paralelos con determinados *milagros* operados por otros santos nebulosamente cristianos de ascendiente evidentemente folclórico y por ciertos sujetos

⁴ Alfonso Robles Fernández, “Las ligaduras mágicas en el sureste: *atar al diablo* el día de la Encarnación”, *Revista Murciana de Antropología* 1 (1994) pp. 7-19, pp. 10-11. Para una visión general de todos estos ritos adivinatorios véase José Manuel Pedrosa, “Ritos para atar santos y diablos y para encontrar objetos perdidos: mito y folklore, magia y religión”, en *Magia y simbolismo en la literatura y la cultura hispánicas*, edición de Sergio Callau (Zaragoza: Prames, 2007) pp. 12-45.

⁵ Sobre los relatos, desde los hagiográficos a los cuentístico-maravillosos y eróticos, que explotan estos tópicos, véase Pedrosa, “El buen pastor y el pastor descuidado, o la divina virtud frente al amor humano (de la hagiografía medieval al cine)”, *E-Humanista*, 11 (2008) pp. 81-120. Disponible en: http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/volume_11/Articles/4%20Pedrosa.pdf

carismáticos de otras mitologías a los que se atribuyen también milagros de esa especie. Desde el Hércules que fue capaz de evitar la dispersión de los bueyes de Gerión hasta una gran cantidad de héroes de cuentos folclóricos (hay catalogadas hasta versiones chinas) hacedores de los prodigios que han quedado etiquetados de este modo en los índices internacionales de motivos folclóricos:

H1112.1: El círculo mágico mantiene el ganado encerrado.

D1446.5: El círculo mágico mantiene dentro al ganado⁶.

En un tercer artículo⁷ he analizado relatos protagonizados por San Antonio de Padua y por otros santos católicos acerca de hombres escépticos que destruyen o se burlan de las imágenes de tales santos achacándoles que son simples muñecos de madera, y que enseguida son sobrenaturalmente castigados por su iconoclastia; y los he comparado con una gran y variada cantidad de relatos chistosos y burlescos que, nacidos de una ideología rigurosamente inversa, escéptica y carnavalesca, se burlan de las pretendidas capacidades milagrosas de los santos de madera.

⁶ Traduzco de Stith Thompson, *Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols. (Bloomington & Indianapolis-Copenhague, IndianaUniversity-Rosnekilde & Bagger, 1995-1958).

⁷ José Manuel Pedrosa, “¿Hacen milagros los santos de madera? Devociones y escepticismos, poder y carnaval”, *Revista de El Colegio de San Luis*, Nueva época, III: 6 (2013) pp. 120-145.

En la actualidad preparo un libro, que será presumiblemente muy extenso (porque el material etnográfico es increíblemente abundante y variopinto), acerca de la asociación de San Antonio de Padua a la ideología y a los ritualismos de la magia amorosa, que es otra dimensión de su culto que deriva muchas veces (dentro incluso de los recintos de las iglesias y en el marco de las festividades católicas) hacia los más estrambóticos y paganos excesos, con los que la Iglesia ha aprendido en buena medida a convivir y que ha acabado, en muchos casos, convalidando o legitimando. He aquí, a modo de muestra breve e introductoria, algunos párrafos de ese libro futuro:

Harto sorprendido se hubiera quedado Fernando Martins de Bulhões, el fraile franciscano que pasaría a la posteridad como San Antonio de Padua, a veces también como San Antonio de Lisboa (puesto que nació en Lisboa en torno a 1195 y murió en Padua en 1231), si hubiera tenido noticias de que, siglos después de su apresurado tránsito por esta vida (pues murió a los treinta y seis años de edad), las muchachas solteras de España, de Hispanoamérica, de Portugal, de Brasil, le iban a elegir como su santo patrón, y a rezar, invocar, dedicarle canciones, ofrecerle regalos y hacerle promesas a cambio de que él les concediese el novio de sus ansias o de sus sueños.

Más sorprendido aún se hubiera quedado de saber que tales mozas iban a tener el atrevimiento de tirar del cordón (adorno de obvias connotaciones fálicas) de sus imágenes, de enseñarle las piernas o los tirantes del sujetador, de acariciarle, sobarle y besarle (algunas con procacidad) las piernas, o de restregar su trasero (tres veces) sobre la loseta de enfrente de alguna imagen suya, por si esas operaciones animaban al santo a mostrarse propicio en asuntos de amor.

Estupefacto se hubiera quedado también de haber sabido que muchas de sus devotas aquejadas del mal de la soltería iban a insultarle, a ponerle de espaldas o boca abajo, a tirarle piedras, a “robarle” el Niño Jesús que el santo lleva en los brazos, a pincharle con alfileres, a *atarle* o amarrarle los genitales o a arrojarle sin ninguna contemplación al pozo si no respondía con la premura exigible a sus peticiones de novio. Cuando no a destrozar su imagen a palos, caso que también se ha dado.

Por no hablar de las plegarias e invocaciones con que muchas de estas desenvueltas muchachas se han dirigido tradicionalmente a él: continuadoras clarísimas de conjuros amorosos precristianos, clamorosamente paganos, y sospechosamente similares además a los que, según documentación vieja (de los siglos XV, XVI, XVII...) dirigían mujeres tenidas por *hechiceras* (y condenadas como tales por la Inquisición) a un amplio santoral diabólico al que buscaban involucrar en sus operaciones de magia amorosa.

¡Todo ello oficiado dentro de las iglesias, ermitas o santuarios que la Iglesia católica ha erigido en honor de San Antonio, entre el jolgorio general de los fieles y, no pocas veces, ante las miradas pacientes y acostumbradas de los párrocos!

Más: en la Lisboa natal del santo se celebran, hoy, matrimonios colectivos y multitudinarios, no solo religiosos, sino también ¡civiles!, el día de la celebración y bajo la advocación de San Antonio de Padua.

En Santiago de Chile estalla cada año un delirante “carnaval de San Antonio” exaltador de todos los placeres de la carne e impregnado de religiosidad sincrética afroamericana, que a un hombre de la época y de las ideas de San Antonio le hubiera parecido escapada sin duda de los abismos del infierno.

En Mérida (Yucatán, México) se venera una imagen suya invertida, con los pies arriba y la cabeza abajo y exageradamente

grande, a la que los fieles (la mayoría son mozas casamenteras) se dirigen con el poco favorecedor nombre de “San Antonio cabezón”.

En Brasil, donde San Antonio de Padua fue un santo que estuvo especializado en el fatigoso oficio de perseguir esclavos negros fugados, las mozas deseosas de marido hacen tradicionalmente a sus imágenes expuestas dentro de las iglesias el chantaje de secuestrar el Niño Jesús, que lleva entre los brazos, y de no devolvérselo hasta que él no les encuentre novio.

Como es fácil apreciar, el culto a San Antonio de Padua ha tenido y tiene, para la inmensa mayoría de sus fieles (especialmente para quienes nutren las clases más populares y han tenido menos acceso a la educación formal), una dimensión mucho más mágico-supersticiosa que ortodoxamente católica, por más sellos y escenografías eclesiales con que a veces venga envuelto.

En este nuevo trabajo que dedico ahora al santo de Lisboa prefiero centrarme en ofrecer una visión panorámica, que habrá de ser muy parcial e incompleta (porque las fuentes y materiales etnográficos son, otra vez, de lo más abundante), de los *milagros* que el pueblo que se expresa en español ha seguido atribuyendo, desde el siglo XVIII hasta hoy mismo, a su muy invocado y venerado (aunque sea de esos modos tan excéntricos) San Antonio de Padua.

La compilación de estos relatos no puede resultar más interesante ni oportuna, porque la edad de oro de la literatura hagiográfica es sin duda la que identificamos con la antigüedad, la Edad Media, y los primeros siglos (el XVI y el XVII) de la Edad Moderna. La decadencia del género

quedó fatalmente sentenciada con el advenimiento de la Ilustración y con los primeros desarrollos de las ciencias experimentales en el XVIII, y aunque la Iglesia católica ha seguido produciendo, alentando o consintiendo una muy profusa y heterogénea (a veces estrictamente ortodoxa, otras veces lindante con cierto esoterismo cuasi pagano) literatura hagiográfica, ésta ha ido siendo desplazada desde el centro más canónico y prestigioso del pensamiento general (la hagiografía fue, sin duda, el género literario más prestigioso y representativo de la Edad Media europea) hasta unos márgenes cada vez más apartados y residuales, en los que hoy las vidas de santos funcionan solo como alimento espiritual, sumamente ideologizado, de un reducto muy acotado de fieles católicos.

La reunión de un corpus de milagros sanantonianos registrados de la tradición oral moderna del mundo hispánico no puede dejar de tener, dentro de este contexto, un alto interés comparativo en relación con las tradiciones pretéritas y un gran valor como prueba de que el folclore sigue siendo, hoy, un registro imprescindible para el conocimiento de las tradiciones credenciales, mágico-religiosas, literarias populares en su conjunto.

No vamos a poder, dentro de un artículo que ha de ser forzosamente breve y sintético, profundizar en la cuestión de las fuentes y de los paralelos literarios y folclóricos de cada uno de los *milagros* de San Antonio que han quedado atestiguados en las literaturas orales y populares panhispánicas que vamos a traer a colación. Algunas rapidísimas pinceladas caracterizadoras servirán,

en esta ocasión, para salir del paso, una vez que hemos decidido primar la visión de conjunto sobre el detalle de las partes.

Tampoco vamos a poder reproducir, por limitaciones de espacio, más que una parte muy pequeña de todos los textos que tenemos reunidos. El resto quedará para futuros trabajos. Aspiramos solo a que el ramillete de versos y de prosas que hemos seleccionado alcance a transmitir al lector de este trabajo la idea de que los supuestos milagros de San Antonio siguen vivos, de múltiples maneras, con acentos muy plurales y con desarrollos ficticios desbordantes, que llegan a invadir el ámbito hasta del cuento maravilloso, en el imaginario popular de determinadas clases sociales (de personas que viven en el campo, de personas que no han tenido demasiado acceso a la educación formal y de personas mayores, sobre todo) de España y de América. Partimos de la convicción de que atender a estas tradiciones, por más periféricas, marginales, dispersas que estén (dispersas a nivel incluso de la muy variada e irregular bibliografía en que es preciso espigarlas) puede permitirnos recuperar una parte del mapa de las devociones al santo sin la cual no sería posible entender globalmente su significado profundo ni el papel que en el panorama de la cultura cumplen sus representaciones.

Una advertencia preliminar: en relación con San Antonio de Padua (y con tantos otros santos) pueden distinguirse tres tipos esenciales de tradiciones orales. La primera, más ortodoxa, más oficialista y retórica, está integrada por oraciones y relatos que se hallan más cercanos

a los modelos aprobados por la Iglesia y a los argumentos más vinculados con la *vita* autorizada del santo. Como un ejemplo puede tener el valor de mil palabras, conozcamos esta especie de hagiografía en verso registrada en la tradición oral de Terrinches (Ciudad Real), que se ciñe fielmente al guión de los milagros más oficiales del santo:

Cuando en Padua predicaba
San Antonio esclarecido,
del cielo un ángel bajaba
y estas palabras le dijo:

—Antonio lleno de gloria,
soy aquí enviado yo
que partas para Lisboa,
que es mucha la exaltación,

que a tu padre en este día
lo llevan a ajusticiar,
y el triste no lo debía,
y por eso Dios me envía
que lo vayas a arbitrar.

Por una muerte que dieron
a un hombre comendador,
en un huerto lo pusieron,
por malicia y por rencor
que a tu padre le tuvieron.

Tu padre cuando salió
al huerto y vio aquel difunto,
con entero corazón,
sin detenerse ni un punto,
fue a la Justicia y habló:

—Señores, habéis de saber
que en mi huerto hay un difunto
yo no sé quien tal lo hizo,
ni quien tal lo pudo hacer.

La Justicia al oír
tal relación,
sin detenerse ni un punto,
a la cárcel lo llevó.

—El delito es consumado
—le firma el juez falsamente—,
por su supuesto fallado
será sentenciado a muerte.

Así para Lisboa partirás
y a tu padre encontrarás,
que lo llevan maniatado,
y al difunto llamarás

para que salga y declare,
que Dios le ha dado licencia
por su divina clemencia,
que aquél que no debe sentencia,
no quiere Dios que la pague.

Así, para Lisboa partió.
San Antonio esclarecido
con su padre se encontró.

—¿Es posible, padre mío,
que así os hagan llevar,
a un sepulcro castigar
sin deber ningún castigo?

Nadie se mueva de aquí
que a todo va a haber lugar.

Fue al sepulcro con tristeza,
al difunto lo llamó,
y luego al punto salió
fuera de la sepultura.

—Diga delante de todos,
diga de parte de Dios,
si ese que va maniatado
fue el que la muerte te dio.

El difunto contestó
con una voz triste,
rota y lastimosa:
—Ese no fue el que me mató,
ni mi muerte fue forzosa.

La Justicia preguntó,
simuló prudencia:
—Pues dinos quién te mató.

—De Dios no traigo licencia,
que yo digo la verdad pura,
que este hombre no sabe nada
de mi triste desventura,
que lo vuelvan a su casa
y a mí a la sepultura.

Viendo el milagro patente,
un gran número de gente
van pidiéndole perdón:
—Antonio, que nos diste
tal tiempo y dedicación,

que en un minuto estuviste
en Lisboa y te volviste,
poca fue la admiración.

Antonio, ruega a Jesús
que por tu gracia divina,
muerte que pasó en cruz
nos dé paz y luego gloria,
por siempre. Amén Jesús⁸.

Hay una segunda rama de relatos que opera como el polo opuesto de la anterior: es la que nos presenta al San Antonio de Padua más heterodoxo, disfrazado de mago adivinador, de promotor y urdidor carnal y carnalesco de amores terrenales, de taumaturgo asociado a un larguísimo e inconcebible elenco de creencias y de ritos supersticiosos, algunos decididamente inmorales según el criterio católico, otros colindantes con el ritual demoníaco, según resumimos páginas atrás.

Y hay una tercera rama de relatos, instalada en un moderado término medio, que ni se inscribe plenamente dentro de la ortodoxia eclesial ni da de San Antonio una visión desquiciadamente carnalesca ni radicalmente contraria o apartada de los atributos y deberes que se le suponen a un santo católico. Cierto es que el San Antonio de esta rama de relatos dista mucho de ser el San Antonio de la acartonada *vita* oficial, y que sus pasos por estos otros relatos alternativos son mucho más ricos en desarrollos

⁸ Mar Jiménez Montalvo, *La literatura oral de Terrinches: géneros, etnotextos, estudio*, tesis doctoral (Alcalá de Henares: Universidad, 2006) p. 770.

ficticios, algunos intensamente fantásticos, incluso maravillosos, adornados a veces de peripecias narrativas de cierta complejidad, con lo que conforman seguramente el corpus más rico e interesante de toda la literatura que ha estado asociada al santo.

Es a esta tercera rama de relatos a la que prestaremos atención en este trabajo. No es que sume (salvo en alguna excepción muy concreta, que señalaremos cuando llegue el momento) una literatura de muy sobresaliente valor artístico o sociológico ni de extraordinaria originalidad, pero sí es verdad que acoge elementos de poética e ingredientes ideológicos y antropológicos a veces muy llamativos e impactantes, que merecerá la pena que vayamos al menos indicando, porque en ellos están resumidas las claves mejor reconocibles de la personalidad folclórica y tradicional del santo y, por extensión, algunas de las claves más esenciales del pensamiento mágico-religioso popular.

El primero de los relatos sanantonianos de este tipo que vamos a reproducir es un romance de cordel, el de *El cautivo de Granada*, del que se conocen varios testimonios del siglo XVIII, aunque el que reproducimos a continuación ha sido conservado, si bien en versión impresa y mutilada (solo ha sobrevivido el pliego de su primera parte) en la isla de Lanzarote. El romance ha debido de tener una cierta vida folclórica en el archipiélago canario, ya que ha sido documentada también una versión oral de la isla de La Gomera, si bien tan deturpada que —ésa es la razón de que no la reproduzcamos aquí— ha quedado despojada de las alusiones a San Antonio.

El cautivo de Granada desarrolla varios tópicos que vamos a ver una y otra vez repetidos en otros relatos que nos falta conocer: la asociación de San Antonio de Padua a *milagros* relacionados con la protección o el padrinazgo de niños y de jóvenes que se ven agredidos por los adultos y en situaciones difíciles o comprometidas (maltratados, secuestrados, muertos, obligados a casarse contra su voluntad); su especialización, también, en milagros de liberación de esclavos (que suelen tener desenlaces con anagnórisis o reagrupamiento de familiares); descubriremos, además, la insólita complicidad del santo con la mismísima Virgen María, con la que veremos que suele colaborar codo con codo (lo que da idea de su relevancia dentro del panteón de los santos católicos) en la *resolución* de muchos de los casos milagrosos que se le atribuyen:

El cautivo de Granada

Nuevo y curioso romance de un portentoso milagro que ha obrado María Santísima del Carmen y el glorioso Señor San Antonio de Padua con dos devotos suyos, llamados Don Juan de Torres Cabrera y Doña María Teresa, sacándolos de captiverio. Sucedió este año de 1755.

Aquella suprema rosa, María, de gracia llena,
hija del eterno Padre y de los ángeles Reina,
Madre del supremo Hijo por divina omnipotencia,
del Santo Espíritu esposa y de todos medianera.
A la esposa de José, cándida y blanca azucena,
le pido me dé su gracia, para que con ella pueda
referir a mi auditorio la maravilla más nueva.
Atención pido, señores, que aquí la historia comienza.

Sucedió que de Granada venían por aquella vega
 dos hombres facinerosos que todo el año se emplean
 en robar niños y niñas, sin que nadie lo supiera,
 y llevarlos a vender a las más ricas galeras.
 Llegó el día del Señor, que la Santa Madre Iglesia
 rinde oraciones y cultos a la Eucaristía hebrea
 y al Señor Sacramentado suspende de su fineza.
 En fin, en el mismo día, como referido queda,
 dieron la vuelta a Granada y fueron robando por ella
 catorce niños y niñas, y en ellos la amada prenda,
 aquella hija querida de doña María Teresa.
 Dejemos aquí la niña y pasemos a dar cuenta
 que en una casa de juegos don Juan de Torres Cabrera
 con otros dos caballeros emprenden una pelea,
 dando la muerte a los dos con dos heridas perversas.
 Él se ausentó de Granada, fuese a Málaga, y en ella
 gustoso se paseaba sin que allí lo conocieran.
 Pero la parte contraria, que mantenía mucha fuerza,
 delatáronle a los moros y con los niños lo entregan.
 Al timón fue para Argel y lo pusieron en venta.
 A don Juan lo compró el turco que tiene a su hija
 [misma,
 llevándole a su morada; y desde que entró en ella
 le entregó todo el manejo, que gobernara la hacienda,
 quedando el turco contento de don Juan Torres
 [Cabrera.
 Volvámonos a la niña, que andaba tan desinquieta
 de amores por el cautivo que no duerme ni sosiega,
 hasta que se fue a su cuarto por preguntárselo ella.
 —¡Dígame, señor don Juan, de qué patria o de qué
 [tierra!
 Respondiolo así el cautivo, díjole el cautivo a ella:
 —De la ciudad de Granada, la más refulgente y bella
 que tiene el Reino de España.— Y así fue y le dijo ella:
 —Que sólo quiero serviros, os contaré mi tragedia:

Desde mi pequeña edad fue mi inclinación tan buena,
sólo por servir a Dios y recibir de la Iglesia
el sacrosanto Bautismo; y no hallando conveniencia
a quien poder descubrirlo, sino a tu persona excelsa,
me guardaréis el secreto para que nadie lo sepa;
si vos quisierais llevarme con vos a vuestras creencias,
que para esta ocasión yo guardo en una gaveta
trescientas pesas de oro, finas y preciadas prendas;
y para vuestro rescate os daré varias monedas,
que yo fingiré una carta diciendo que a vuestra tierra
tenemos libre regreso en una de las galeras.—
Sacó el cautivo una imagen que siempre consigo lleva
de la Virgen del Carmelo, y con la rodilla en tierra
besando la santa imagen dijo las palabras estas:
—¡Soberanísima Aurora, humildemente te besa,
Señora, un esclavo vuestro pidiéndote muy de veras
que si salgo con victoria, allá llegando a mi tierra,
si esta mujer no es difunta yo me casaré con ella,
y si no le buscaré lo que mejor le convenga!—
En esta oración andaba cuando vio entrar por la puerta
tan divino resplandor que todo el lugar anega.
—¡Tu gran devoción me obliga bajar del cielo a la tierra
para decirte, cristiano, que si en la mente deseas
por esposa aquesta niña, sabrás que ésta es aquella
la tu muy querida hija que estando en edad muy tierna
fue robada de Granada y vendida en esta tierra.
En esta ley se ha criado; pero la fe verdadera
que en Bautismo tú le diste, y que ahora vuelve a ella,
le pide volver a Dios, que la Virgen lo desea!—
La misma Virgen del Carmen una carta va y le entrega
para que le muestre al turco y que al punto la leyera.
Apenas se rompió el alba, al turco don Juan se llega,
y con sumiso respeto e inclinación de cabeza
va y le entrega a Masaraque la carta que a él le dieran.
Tomola el turco en la mano y comenzado a leerla;

el corazón se le abrasa en una fe verdadera,
 ofreciéndole al cristiano toda su vida y hacienda
 para que como cristiano humildemente aprendiera.
 Don Juan dispuso al instante que al turco se le instruyera,
 y mojado en el bautismo con la su hija se uniera
 en cristiano matrimonio que aceptó contenta ella.
 Y para servir mejor a la poderosa Reina,
 metióse de Carmelita don Juan de Torres Cabrera,
 acabando bien los días que tal ventura trajeran⁹.

Procedente también de un pliego de cordel del siglo XVIII, aunque ha resistido mucho mejor el paso de los siglos y ha sido registrado en un goteo mucho más constante en la tradición folclórica moderna, es el romance de *Don Juan de Lara*, del que ofrezco una versión que grabé yo mismo en el pueblo de Candín (León) en 1989. Insiste, de nuevo, en el que parece ser el rasgo más típico de los

⁹ Maximiano Trapero, *Romancero general de Lanzarote* (Teguise, Lanzarote: Fundación César Manrique, 2003) núm. 137. El texto está acompañado de estas precisiones: “Tomado de un impreso de Isabel García, de Las Breñas (ay. Yáisa). Rec. y publicado por Jesús M^a Godoy [*Romancero de Lanzarote*, Arrecife de Lanzarote: Suplemento de *La Voz de Lanzarote*] 1987: 246-250. Catalogado por Aguilar Piñal (*Romancero popular del siglo XVIII*, Madrid: CSIC].1972: nn. 635 y 636, y 815 a 817), y clasificado en dos apartados: entre los novelescos de tema amoroso y entre los de cautivos, con la sinopsis que aparece en el título. El pliego original tiene dos partes, mas el texto transcrito por Godoy acaba en el verso 84 de la primera parte. Una versión de este romance hemos recogido en la Gomera (Trapero [*Romancero General de La Gomera* (con transcripciones y un estudio de la música de Lothar Siemens Hernández), San Sebastián de La Gomera: Cabildo Insular de La Gomera] 2000a: 1061) bastante evolucionada por la oralidad. Ella y ésta de Lanzarote son las únicas registradas en Canarias”.

milagros folclóricos modernos de San Antonio, que le suelen presentar como protector (muchas veces como padrino) de niños cruelmente agredidos por los adultos (en este caso por su propio padre) y como voz reveladora, en el último y más crítico momento, de alguna sorprendente filiación o parentesco de la criatura con alguna persona relacionada con su agresión, lo que acaba desactivando o resolviendo el conflicto:

Vino un mozo de muy lejos a casar con doña Laura;
estuvieron cinco años sin tener una palabra;
al cabo de los cinco años a don Juan vino una carta
que se murieron sus padres, que se llegara a su casa.
Fuese a recoger su hacienda, que la tenía muy larga:
El día que don Juan marchó, a doña Laura encontraba.
Nueve meses estuvo allá sin escribir una carta.
Estando un día doña Laura sentadita en su sala,
haciendo unas cuantas joyas para el infante que nazca,
sintió ruido en la calle, se asomara a una ventana.
Bien vira venir tres coches dirigidos a su casa;
en el primero viene don Juan y gente que lo acompaña.
En el fondo de la escalera le pegó una bofetada,
tan denodada y sangrienta que le ensangrentó la cara.
La agarrara de la mano y a su cuarto la encerrara.
—Ahí te has de estar, traidora, tus culpas fueron la
[causa.
Todos comen, todos beben, doña Laura está encerrada.
A eso de la medianoche, don Juan en la cocina quedaba,
afilando cuchillo de oro para matar a doña Laura.
Estando en estas razones, un *flaire* por allí entraba.
—No me parece muy bien este *flaire* por mi casa;
—Non se cele usted, don Juan, que esta noche dormí
[en Francia.

Vengo a libertar una muerte mal merecida y sin causa,
que la va a hacer usted, don Juan, con su esposa doña
[Laura.

Estando en estas palabras, un niño varón lloraba.
Se fueron paso entre paso donde estaba doña Laura.
Cogió el *flaire* al niño en sus brazos, de esta manera le
[hablaba:

—Dime tú, niño hermoso, tu padre, ¿cómo se llama?
—Mi padre se llama Juan y de apellido Sara¹⁰;
mi madre bien la ven, que se llama doña Laura;
mi padrino es San Antonio, mi madrina es la Santa Ana;
lo que les pido, señores, que echen a mi madre en cama.
Grandes bodas y bautizos se hicieron en aquella casa;
tres días estuvo San Antonio, por allí andaba.
Al cabo de los tres días, San Antonio se marchaba.
—Quédese con Dios, don Juan, con su esposa doña
[Laura,
que yo me voy para los cielos con la gloriosa Santa Ana.
¡Válganos nuestra Señora y la Virgen soberana!¹¹

Raíces hundidas en otro pliego de cordel dieciochesco tiene también este otro romance, el de *Los niños quemados en el horno* (la versión que ahora reproduzco es cántabra), que reitera la imagen del santo que acude siempre al rescate de niños indefensos que se hallan en trance de morir (en esta ocasión, por causa de un descuido involuntario de la madre):

¹⁰ Deturpación del nombre de Lara.

¹¹ La informante fue A. A., de 85 años, entrevistada por mí en Candín en agosto de 1989.

Hais de venir a escuchar un portentoso prodigio
que ahora les voy a contar, y esta noche ha sucedido:
En la ciudad de Moledo cría una viuda tres hijos;
yo no sé por qué ocasión la viuda les ha reñido,
y los niños de temor en el horno se han metido.
La viuda por el lugar les buscaba con amor,
visto que no los hallaba a su casa se volvió.
En aquel día la viuda amasar se le ofreció;
ha pegado fuego al horno y no hablaron de temor.
Ya que fue a barrer el horno las tres cabezas sacó.
La viuda que lo ha visto a San Antonio pidió.
En traje de pobrecito por su puerta se la entró.
—Señora, ¿me da posada? Ella se la concedió.
La pidió las tres cabezas, las echó la bendición;
resucitaron tres niños, miren qué raro favor.
Digan todos a una voz aunque reviente el demonio:
vivan nuestros corazones y bendito San Antonio¹².

La tradición oral moderna del mundo hispánico ha conservado también bastantes canciones narrativas vulgares, producidas muchas de ellas en el siglo XIX y voceadas por los ciegos en calles y plazas, que han sido vehículos transmisores de diversos *milagros* de San Antonio de Padua. He aquí una de tales canciones, la del *Cautivo en Filipinas salvado por una mora*, que nos devuelve al tópico, tan insistentemente asociado al santo, de la liberación milagrosa de cautivos y de las casi inevitables anagnórisis y reagrupamientos familiares conclusivos. La versión es del pueblo de Cañamero (Cáceres):

¹² José M^a de Cossío, y Tomás Maza Solano, *Romancero popular de La Montaña*, 2 vols. (Santander: Tipografía Moderna: 1933-1934) II, núm. 293, pp. 49-50.

A San Antonio le pido
que me dé salud y amparo
para poder explicar
estos grandiosos milagros.

Allá en Filipinas
había un soldado,
prisionero estaba
hacía nueve años.

El trabajo que le daban
el pobrecito sufría
en compañía de un buey
araba todos los días.

Y dormir dormía
en medio un corral,
de comer le echaban
lo que a un animal.

Con cuarenta y dos heridas
que en su cuerpo presentaba,
y cuando iban arando
los traidores le pinchaban.

Le dicen así:
—Mañana a estas horas
ya te has de morir.

Con seis horas que me quedan
—eso lo decía él—,
con seis horas que me quedan,
¡cuánto me *hadrán* padecer!

Creía mí madre
que yo estaba muerto
y estoy en el mundo
pasando tormento.

Ha *encomenzado* a correr
con sus ansias de agonía
y los traidores tras *d'él*
para quitarle la vida.

Y yendo corriendo
él se encontró
un brazo de mar
y a él se tiró.

Los traidores, no creyendo
que a la mar se tiraría,
se ponen al otro lado
para quitarle la vida.

Al verse fuera del agua
ha *encomenzado* a llorar
porque no tenía ropita
para sus carnes tapar.

Y aquella morita
llorar le sintió;
para que cambiara,
ropa le mandó.

Y se echaron a pedir
dinero para un viaje,
y de limosna les dan
dinero para embarcarse.

Llegan a su casa
con pena y dolor
se encuentra a su madre
dándola el señor (¿?).

Una vecina que entró,
la dice de esta manera:
—Si usted a su hijo viera,
pronto se pondría mejor.
—Pero hace nueve años
que me le quitó Dios.

Y enseguida y deprisa
le dicen que pase,
y el hijo querido
se abrazó a su madre.

¡Qué *medicina* sería
el hijo para su madre
que pronto se puso buena
de una enfermedad tan grande!

—¡Viva San Antonio
que me ha concedido
traerme a mi casa
al hijo perdido!

Aquella morita
llorar le sintió,
para que cambiara,
ropa le mandó,
pero al poco tiempo
con él se casó¹³.

¹³ Antonio Lorenzo Vélez, “Romances tradicionales de Cañamero (Cáceres) (I)”, *Saber Popular*, 14 (2000), pp. 83-137, núm. 54.

Por cierto, que en el mismo pueblo de Cañamero (Cáceres) en el que fue registrada la canción narrativa anterior ha sido también documentada otra canción del mismo género, la de *El Padre que quiso vender a su hijo* —cuya larga extensión nos obliga a reproducir aquí solo el íncipit— que habla de un padre que vende su hijo a un caballero rico pero enfermo, se supone que para que (de acuerdo con lo que era creencia terrorífica común) la sangre del muchacho curase al hombre. La madre logra, sin embargo, denunciar tan perverso trato ante el juez, y el infantil asesinato es evitado *in extremis*.

Resulta muy significativo apreciar que el exordio inicial invoca a San Antonio, aunque el resto de la canción (que intenta mantenerse dentro de los límites de un realismo que llega incluso al sensacionalismo) no registre la intervención salvífica de ese santo ni de ningún otro: es la madre, sin ayuda sobrehumana, el motor del rescate. La justificación de la invocación a San Antonio en el exordio no necesita, en cualquier caso, de muchas explicaciones: estamos de nuevo ante el relato de un asesinato infantil tramado por un familiar cercano (en este caso el padre) y frustrado en el último minuto. Una trama análoga, por tanto, a la de tantos *milagros* de San Antonio que corrían por todas partes y estaban en la mente de todos. El exordio alusivo al santo, lejos de cumplir por tanto un papel simplemente rutinario o decorativo, o de pegote arbitrario, obedece a una motivación sutil, profunda, de incontestable coherencia con la poética interna y con la tradición narrativa en la que se inscribe el relato:

Dame tu luz, San Antonio,
dame tu gracia también,
para poder explicar
las crueldades que se ven.

Explicaré en esta plana
el más horroroso caso
que se iba a ejecutar
en una casa de campo.

En una casa de campo
un matrimonio vivía,
tan grande era su fortuna
que cinco hijos tenían.

Tenía este matrimonio
cinco hijos por su suerte,
que fue el caudal que le dio
nuestro Dios omnipotente.

Y este padre que no tiene
ni pan que darle a sus hijos...¹⁴.

Una canción narrativa de trama no demasiado alejada de la anterior es ésta que ha sido muchas veces recogida de la tradición folclórica moderna y que ahora vamos a conocer en una versión de Villarta de San Juan (Ciudad Real). Nos presenta, en esta ocasión, a una joven amenazada por la perversa tiranía de padre y madre y salvada *in extremis* por un San Antonio especializado, una vez más, en apadrinar y redimir a niños y jóvenes:

¹⁴ Lorenzo Vélez, “Romances tradicionales de Cañamero”, núm. 59.

Había un matrimonio
en Cartagena
que tenía una hija,
y era tan buena cristiana,
que todas las mañanas oía
misa con alegría,
de modo que creía en Dios,
en María y en San Antonio.

Cruels eran sus padres;
la castigaban,
a su inocente hija
la maltrataban.
Malvados, del demonio tentados,
validos le daban mil castigos.
Juraban que, si en su ley no creía
y cejaba, que la mataban.

Su gran mata de pelo
se la arrancaron
y le dieron de golpes,
y la *arrayaron* la cara.
triste y desconsolada, lloraba
y al Cielo se quejaba diciendo:
—¡Qué padres tan herejes
y malignos,
son los que tengo.

Se salió de su casa,
se fue a la iglesia
a visitar a Antonio
y a darle queja,
diciendo: —Mira cómo me han puesto
pelada, con grandes moratones,
la cara; toda llena de golpes,
malherida y ensangrentada.

Alcanzó San Antonio
que el Rey Supremo
volviese a la devota
su hermoso pelo.
Blancura doblada su hermosura tenía;
nadie la conocía; tan bella,
que creían sus padres, al mirarla,
que no era ella.

Mire usted, madre mía,
si usted me extraña,
mire que soy la hija de
sus entrañas nacida.
Yo soy la prometida,
milagro de San Antonio obrado,
animoso dándome otro palo
más florido el Santo Glorioso.

Desde entonces sus padres
muy buenos fueron;
la ley de Jesucristo
siempre siguieron. Se ponen
de rodillas postrados, pidiendo,
tristes en el consuelo, diciendo
que, al morir, les perdone y
se los lleve juntos al Cielo¹⁵.

Una rareza absolutamente exótica, que nos va a servir para cerrar la sección que hemos dedicado a los géneros en verso, es esta alabanza de San Antonio que se canta, en lengua annobonesa —que es una especie de criollo portugués—, en la isla de Annobón, en Guinea Ecuatorial, cuya lengua oficial y administrativa es el español. Téngase en cuenta,

¹⁵ Versión que ha sido registrada en Villarta de San Juan por José Vicente Heredia, quien me la ha cedido amablemente.

antes de que nos asomemos al texto, que la capital de la isla, San Antonio de Pale (que es un pueblo que no llega al millar de habitantes) fue fundada por los portugueses (cuyo patrón nacional es San Antonio de Padua), y que recibe los nombres también de São Antonio da Praia, de San Antonio de la Playa y de San Antonio del Norte. Sucede, por otro lado, que en la ciudad hay una misión católica de los padres claretianos, y que el fundador de los claretianos fue San Antonio María Claret (1807-1870), con lo cual este “San Antonio” con nombres pero sin apellidos al que invocan los nativos annoboneses ofreciéndole sus bailes tiene todos los visos de ser una especie de santo franco, híbrido, abierto, cuyo perfil parece combinar el de los dos santos Antonios impuestos por los colonizadores primero portugueses y luego españoles en la isla:

Sanantonyi, nos ke janta da Sanantonyi San Antonio, cantamos a San Antonio
pe liguinó Naxan Xiolo. (para) que nos eleve al Señor Dios.
Non janta dale (bis). Nosotros le cantamos.

(Estríbillo)

Non janta del (bis). Nosotros le cantamos.
Non bugu del Nosotros le bailamos,
ise sa Xiolo Sanantonyi Palé (bis). Él es el Señor de San Antonio de Palé.
“Regalito” non guligula, Regalito, nosotros nos alegramos,
non pe non jabi, nos ponemos,
non biba dale (bis). bailamos para Él.

Sanantonyi, nos ke janta da Sanantonyi San Antonio, cantamos a San Antonio,
pe liguinó Naxan Xiolo, (para) que nos eleve al Señor Dios,
non janta dale (bis). cantamos para Él.

(Estríbillo)

*Non bugu del,
ise sa Xiolo,
non janta dale,
non janta del (bis).*

*Non bugu del,
ise sa Xiolo Sanantonyi Palé.
“Regalito” non guligula,
non pe non jabi,
non biba dale (bis).*

Bailamos para Él,
Él es el Señor,
cantamos para Él.
Bailamos para Él.
Nosotros bailamos para Él,
Él es el Señor de San Antonio de Palé.
Regalito, nos alegramos,
nos ponemos,
bailamos para Él¹⁶.

También en los anchos territorios de las leyendas y de los cuentos orales y tradicionales en prosa española encontramos numerosos testimonios de las devociones que el pueblo ha profesado a San Antonio y de los relatos de todo tipo que ha asociado a su figura. Algunos de sus tópicos argumentales y estructurales nos han salido ya al paso, lo que vuelve a dar idea de su carácter convencional y reiterativo. Vemos que se repite, por ejemplo, el de su privilegiada colaboración con las acciones milagrosas de la Virgen María. He aquí una leyenda de La Baña (León) que nos muestra al santo en uno de sus escenarios favoritos, el del monte en el que guardan los pastores sus ganados (recuérdese que abundan las oraciones que le invocan como recuperador de los ganados perdidos en el campo), obrando milagros al lado de la Virgen del Carmen:

¹⁶ Ángel Antonio López Ortega, *La poesía oral de los pueblos de Guinea Ecuatorial: géneros y funciones* (Vic: CEIBA-Centros Culturales Españoles de Guinea Ecuatorial, 2008) p. 267. “Cantada en Malabo por el grupo *Voces del Horizonte* en octubre de 2005. No es propiamente una canción religiosa, por más que se refiera al santo patrón de la capital annobonesa. Traducido por Ana, annobonesa”.

También sentí decir, que lo decían los antiguos, que vino por aquí un hombre que le habían *echao*..., no sé si era la madre, si era la madrina, la maldición de que..., no sé cuántos años, tenía que estar de lobo. Que se llamaba Martín, el hombre aquel, que se llamaba Martín.

Y una vez, que contaba él que estaba una pastora con un *ganao* en un monte y que le había *ío* él... , que la había *ío* él para *matare*, para la, vamos, matar.

Y la pastora, que había *dao* en llamar por la Virgen del Carmen...

—¡La Virgen del Carmen me valga! ¡La Virgen del Carmen me valga y san Antonio!

Y que había *llegao* la Virgen...

—¡La Capilluda! —después la llamaba él La Capilluda, a la Virgen del Carmen, que es la que tenemos aquí de patrona; y que se le había puesto encima de él...—, ¡La Capilluda! ¡Y el san Antonio me daba con la *cayata*! —y que le habían *sacao* por allí, por un monte muy arriba.

Y que ya había *podío*..., después, la mujer de él, que le había podido pescar el *vestío*, el *vestío* que tenía que poner *pa* lobo, cuando iba *pa* lobo, y que se lo había *quemao*. Y después, que había dicho él:

—¡Lo que me hiciste! Que ya *na* más me faltaban dos años *pa* cumplir la carrera —para cumplir la maldición que le habían *echao*.

[Encuestador: Y al quemarle la piel, ¿qué, qué pasaba?, ¿que se tenía que quedar ya él de lobo para siempre?].

—Otra vez, no sé por cuánto tiempo¹⁷.

¹⁷ Julio Camarena, “Mitología del lobo en la península Ibérica”, *La leyenda: antropología, historia, literatura. Actes du Colloque tenu à la Casa de Velázquez, 10.11-XI-1986*, coord. Jean Pierre Étienvre (Madrid: Casa de Velázquez, 1989), pp. 267-289, p. 273.

Este es otro milagro atestiguado en el pueblo de Barluenga (Huesca) en el que San Antonio exhibe su tradicional asociación con la Virgen. En realidad, el texto se nos muestra un tanto deturpado y confuso, y parece que mezcla dos milagros: el (muy comúnmente asociado a este santo) de la localización de la res perdida y el (mucho más raramente asociado a él) de la satisfacción de la reclamación del alma en pena:

Mi madre contaba, pero no lo sé. Contaba que una vez, un hermano de ella, pues era muy fumador y era pastor también. Y se le perdió una res y aquella res pues eh, que... el decía que eso y dice:

—Ca, a lo mejor se la ha vendido *pa* comprarse cigarro
—que era muy fumador.

Y la cuestión que la abuela dice que dijo:

—¡Ay, San Antonio Bendito...! ¡No! ¡Ay, Virgen de Monlora, que aparezca, si aparece...!

No sé, que le dirá ella una misa. Pero que la misa no *l'en* dijo. Y mi madre aquello pasó, la oveja amaneció y... Y una vez, mi madre, pues estaba mi padre que estaba en la sierra y dice que aquella noche había *bajáo*. Y mi madre que dice que se despertó con una mano que le apretaban y que le *cogían* una mano así fría y le dijo:

—Hija, ya sabes que tengo una misa ofrecida a la Virgen de Monlora, y no la *i* dije y no puedo entrar en el Cielo.

Y madre se echó a llorar y a llorar y mi padre:

—¿Pues qué te pasa?

Dice:

—Una mano de mamá que me ha cogido mamá la mano.

Y mi madre... mi padre era muy religioso, entonces la fe era muy grande. Dice:

—Pues nada, no te apures: mañana vas al cura y que te diga la misa.

Y que... y ya nada más. Pero ella decía que sí, que le habían cogido de una mano y que le había dicho:

—Hija, ya sabes que tengo una misa...

Y ella se acordaba de eso, de que había *pasáo* eso y que la había ofrecido. Y dijo la misa y ya nada más. Y eso mi madre nos lo había *contáo*, era bien creída en eso¹⁸.

En otro pueblo de la provincia de Huesca, Castilsabás, alienta el recuerdo confuso de otro milagro que se atribuye tanto a San Antonio como a la Virgen. Maravilla que el suceso esté fechado en año tan reciente como 1995:

El primero de mayo [de 1995] cayó el badajo cuando estaban bandeando las campanas y cayó en medio la gente cuando estaban en la procesión, y por un milagro de San Antonio no mató a nadie.

[Más tarde dice que fue milagro de la Virgen]¹⁹.

Este otro relato, del pueblo de Robledo de Corpes, en la provincia de Guadalajara, combina el recuerdo de un milagro posiblemente viejo (el de la protección frente a una plaga de langostas, del que hay atestiguados muchos paralelos en los libros de milagros locales de los siglos XVI al XVIII) y uno de índole seguramente más moderna y arraigadamente folclórica, el de la protección del ganado frente a los lobos:

¹⁸ Carlos González Sanz, José Ángel Gracia y Javier Lacasta, *La sombra del olvido: tradición oral en el pie de la sierra meridional de Guara* (Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998), núm. 214.

¹⁹ González Sanz, Gracia y Lacasta, *La sombra del olvido*, núm. 86.

Mi madre tenía un gran devoción a San Antonio; era un santo que rezándole aparecen cosas perdidas.

En Robledo de Corpes hay una ermita que hicieron a San Antonio y hablaban de que hubo una plaga de langostas que amenazaba con comerse todas las cosechas. Sacaron a San Antonio en procesión y aparecieron por la mañana todas las langostas muertas. En este pueblo hay una ermita a la entrada en honor a este santo.

Una vez contaba que en Alarilla, pueblecito de al lado, se perdieron dos muletas, dos mulas jóvenes. Antes para un labrador una yunta de mulas es como ahora comprar un tractor. Se perdieron, y como había tantos lobos, se pensaban que por la mañana se iban a encontrar muertas. Ese día había llovido. Y fíjate: todo el pueblo rezó a San Antonio, y por la mañana aparecieron las mulas en una era cercana al pueblo. Y estaba todo *huelleado* al lado de las huellas de los lobos, y no se las habían comido²⁰.

He aquí otra leyenda, ahora del pueblo de Guijo de Granadilla (Cáceres), que relaciona a San Antonio de Padua con la protección del ganado;

Una señora que fue a bellotas se perdió en la dehesa y no la encontraron en toda la noche. Era la madre de Felicia, y dicen que como ya era oscuro y no podía ir a ningún sitio, se sentó contra un alcorcho y toda la noche estuvo allí un santo, un hombrino con un garrote y un perrino y que le decía:

—Quieta, quieta, no te dé miedo que estoy yo aquí cuidándote.

Y por la mañana cuando ya era de día salieron a buscarla y la encontraron. Todavía estaba allí sentada, dicen, porque no se había ido de cuidarla San Antonio Bendito²¹.

²⁰ Versión que me ha facilitado Inmaculada S. D. en 2007.

²¹ Versión que me ha facilitado Vanesa O. A. en 2006. La informante fue la señora A. R., de 75 años.

Un género en cierto modo relacionado, a veces casi colindante y casi híbrido con el de la leyenda, es el del relato personal. Hay que señalar que la leyenda y el relato personal suelen tener una dimensión local, histórica o pseudohistórica muy intensa, y aprovechar unos dispositivos de estilo y un repertorio de motivos narrativos y de recursos de ficción bastante similares. De hecho, muchas leyendas mezclan en ocasiones, entre las vetas de su texto, algunas marcas de relato personal, o al menos familiar. Y viceversa: muchos relatos de tipo personal asumen como vividos en carnes propias tópicos que tenemos perfectamente localizados en los índices de motivos folclóricos.

Pues bien: los buenos relatos personales suelen tener una consistencia narrativa, una riqueza imaginativa, unos recursos de estilo, unas marcas de verosimilitud, una articulación en los detalles, una originalidad en la utilización de la voz narrativa, una profundidad ideológica que resultan posiblemente inalcanzables para el resto de los géneros de la literatura oral, y que no pueden dejar de fascinar a quien los escucha o los lee.

El relato de tipo personal que vamos a reproducir a continuación es, sin duda, un discurso muy relevante desde el punto de vista poético y muy interesante y sorprendente, incluso impactante, desde el punto de vista ideológico. Atestigua una creencia que ha estado viva hasta hoy en el pueblo de San Vicente de Alcántara (Badajoz), donde todavía quedan personas que piensan que los niños que nacen el día de San Antonio de Padua (y más aún si además reciben el nombre de Antonio) poseen poderes mágicos especiales. De algún varón del pueblo se cree que

él nació el día de San Antonio, y le dijo que las brujas con él no podían. Y si le hubiera puesto Antonio, más fuerza tenía²².

Estamos, pues, ante la creencia básica, en estado conceptualmente puro, arraigada en los usos de la vida y no solo en los usos de la ficción, del padrinazgo protector que se pensaba (y algunos siguen pensando) que San Antonio extiende sobre los niños. Y, por tanto, ante la matriz ideológica de una serie de leyendas, de cuentos maravillosos, de relatos orales (ya hemos conocido alguno, y enseguida nos asomaremos a unos cuantos más) que no siempre tenemos la fortuna de poder vincular a relatos tan vivos, tan operativos, tan dramáticos como éste:

De muy chico, estuve si palmo, si no, muy malo, que casi me iba muriendo. Y resulta que había aquí un médico, y mis padres me traían al médico. Y el médico, entonces, pues no sabía lo que era, claro. Yo entonces tendría dos, tres años, muy poco, chico; yo de eso no me acuerdo, me lo han dicho, pero no me acuerdo. Y lo que le daba a mis padres *pa* que me dieran pues era quinino. Pero resulta que el quinino es que estaba como un guarro *preñao*, por ahí, una barriga y una cara que cada vez a peor.

El tal quinino era un líquido parecido al Ceregumil, una cosa así parecida. Entonces el médico pues se acababa uno, otro. Y venía el médico, y cada vez peor, y cada vez peor, y allí en el campo. Y ya mi madre:

—¡*Cagüen diez!* Este muchacho es capaz de morirse...

²² Rafaela Nieves Martín, *La literatura oral en San Vicente de Alcántara (Badajoz)*, tesis doctoral (Alcalá de Henares: Universidad, 2010), núm. 1274.

Había p'allí un viejete que sabía de un segador que había aquí por Valencia. Y dice:

—Eh, yo que tú iba allá a ver al tal ese.

Era un curandero. Y mi padre, aburrido de todo aquello y viendo que las cosas... y los haberes eran pocos, un día por la mañana le dijo a mi madre:

—Me ha dicho esto [uno], y voy allí a ver ese hombre.

Que no sabía ni dónde vivía siquiera, allí *pa* Valencia. Total, que le echó merienda, y ¡hala!, andando. Y estaba hasta el tiempo malo, que llovía. Y ya lloviendo llegó aquí a Valencia, y él no sabía dónde vivía. Pero dio la coincidencia que fue a preguntar pues muy cerca de donde vivía el hombre. Llegó allí y...

—¿Ahora qué hago?

—Ahí vive, allí vive —le dijeron p'ahí no sé quién.

Entonces le preguntó:

—¿Y qué le pasa a usted?

—Pues a mí lo que me pasa, que tengo el muchacho muy malo.

Pues ya está. Preguntó aquello, pero sin más preguntas ninguna. Echó mano a sus *trastes*, mezcló unos platos que sí con agua, o yo no sé qué, y sin más respuesta ni más preguntas, le dijo que “lo que usted cree no es nada”.

Se pensaban que es que le habían hecho daño al crío, que no era cosa de enfermedad, que es que le habían hecho como una cosa de brujería. Ya, claro, desconfiaban de que, claro, como no se curaba y ya la cosa iba a peor... Y va y le dice, pero nada, sin averiguación ninguna, ni preguntar cómo me llamaba, ni... nada de nada. Dice:

—Lo que ustedes creen no es nada.

Jo, mi padre se quedó así. Dice:

—Él nació el día' San Antonio. Tenían que haberle puesto Antonio, porque es que el Santo ese puede más que las brujas que ustedes creen que le han hecho daño, pero no, no es eso. Es el quinino que tiene en el vientre. Y yo le voy a

decir cómo se cura—. Echó mano y... —A ver, una medicina sencilla. Ahora va usted *p'allá*, y ya ni quinino ni nada, que lo que le está haciendo es daño.

Ya ves, sabía él que le daba aquello sin haberle dicho. Lo adivinó, que lo sacó por las cruces que allí hizo, y por las cosas que él supo. Entonces le dijo:

—Usted ahora va *p'allá*, y esas *verdolás*²³ que hay en la huerta —mi padre sabía bien lo que era—, machan así unas cuantas, hacen como una papa, y se lo ponen ahí en el vientre. Le acuestan de espaldas. Como una cataplasma es, una cosa así machada. Y luego van a ver dos mujeres que sepan rezar a la luna una, y la otra que sea la luna *entripá*, pero que no sepa una de la otra, ¿eh? Usted me rece de la luna al muchacho tantas veces al día, dos veces o lo que sea, y la otra de la luna *entripá* también, pero que no supieran ellas que estaban rezando la luna a los mismos muchachos.

Y la luna no era la misma: una rezaba una, y otra rezaba otra.

Pues nada, a los muy pocos días *diz* que aquello empezó como el candil, que le echas aceite. Y que me curaron.

Pensaban que pudiera ser eso ya de que me habían hecho daño, como hay quien dicen que hace daño. Yo tampoco lo he visto eso, pero dicen que sí. Pues nada, que me curé.

Mí padre lo que le chocó mucho fue *de* saber cuándo había nacido, saber que no sé qué, y saber que no sé cuantos. Pero si es que no se lo había dicho²⁴.

Si el relato personal anterior, registrado en el pueblo de San Vicente de Alcántara (Badajoz) resulta impresionante, otro tanto puede decirse de este otro relato sobre una *Disputa entre los buscadores de oro* que ha sido registrado en la región

²³ *Verdoló*, “verdolaga”.

²⁴ Nieves Martín, *La literatura oral en San Vicente de Alcántara*, núm. 1274.

de Loja (Ecuador) de labios de un hombre que asegura que fue testigo directo del milagro de San Antonio que relata:

Pues un señor de Loja, él entendía muchísimo de la lavada de oro, y se vino con dirección al Puyango. Y llega adonde un señor Aguilar que vivía cercano de este río. Pero no muy cerca tampoco: de un medio día de camino que había de allí al río. Llega por trabajarle una semana o dos, para hacerse de una comidita para ir a trabajar en el Puyango. Llega donde el señor. Se hace amigo, y le propone aquí si le puede dar trabajito, que él se va a trabajar en el oro. El señor Aguilar era el dueño esa finca. Le dice:

—No es preciso que usted me trabaje tanto tiempo si usted es un buen trabajador. Podemos hacer una cosa: trabajemos a medias. Yo llevo todo lo necesario. Llevo compañeros, llevo todo. Después, vendemos y nos hacemos pago de los gastos, y nos compartimos el tesoro.

Así fue que [se pusieron] verdaderamente en una unión, y ya bajaron con canalones, y todo eso. Y bajaron al río, en lo cual el señor Puertas no conocía el Puyango, ni mayormente Pintas. Yo, que verdaderamente también trabajaba en la PEIV, así solo, en aquello, y tenía balsa para pasar el caudaloso río. Y el único que tenía balsa era yo. Llegaron ahí, y pasaron donde mí a preguntarme por dónde puede hallar un trabajo. Les digo buenamente. Me cayó bien también estos señores:

—Aquí cercano, no más, hay una buena finca, que viene con gente a trabajar. Ahí pueden ustedes trabajar perfectamente ahí.

—Entonces, háganos la fineza de pasarnos en la balsa.

Les pasé en la balsa y les indiqué adónde trabajan. Trabajaron ya mucho tiempo ahí. Ya trabajaron como mes y medio en un enorme barco que había, y bien productivo. Y había llenado ya una botella grande, de la capacidad de un litro de oro. Y el día que menos pensaron, el señor Puertas, para mejor hacerlo, le da al Sr. Aguilar, para que guarde el oro,

porque él era el más conocedor, y él tenía más confianza que él lo guarde.

Evidentemente, él lo tenía guardado. Cuando quiere poner el resito en la liquidación de tarde, limpio el oro, ya no, ya no hubo oro. Y, de hecho le culpa al señor, al compañero, al de la Sociedad, al señor Puertas. Y brinca con la carabina coléricamente que

—Ya me devuelves el oro, a la fuerza.

El señor Puertas, acobardado, pues como todos los demás eran amigos, los peones eran con él, eran de peones del que les podía hacer, zafa a toda carrera, llega donde mí ahogando ese pobre hombre. Dice:

—Defiéndame, por favor, atrás viene don Aguilar con una carabina, y me va a matar echándome la culpa [de] que el oro que hemos trabajado me lo robo yo.

Mientras que yo lo interrogué, pues le digo:

—¿Qué? ¿Es usted o no [el ladrón]?

Pues me dice:

—Créame con verdad, le juro ante Dios y ante usted que yo no he cogido absolutamente nada.

Le digo:

—Y, ¿por qué va a perder usted, si usted también tiene derecho antes a reclamarle, porque le ha dado para que lo guarde? Y puede ser la *cafelada* que le roban para no darle nada a usted. Aunque le haya dado usted, yo no le hubiera corrido.

—No, no, señor, más vale mi vida. Páseme en la balsa para allá, y yo no sé adónde me voy. Y vea aquí. Húrgueme todos los trapitos que yo llevo, y mi maletita, por favor. Vea los bolsillos, [no sea] que usted vaya a decir que yo llevo oro, y no llevo absolutamente nada.

Le digo:

—Hombre, cálmese señor, porque usted no debe hacer eso. Las cosas vale hacerse con tino. ¿Sabe qué? Yo lo voy a esconder hasta mañana. Estése aquí. Lo escondo en esta montaña para allá. Siempre que ya los veo saliendo usted, no

se presenta, arreglado el asunto, hasta mismo ver qué es lo que dicen.

El hombre sí me cedió, y le di de merendar. Y le digo:

—Escóndase aquí, hasta más de noquito.

Ahí estuvo escondido. Ahí durmió. En eso, ya salió don Aguilar, y preguntándole, le digo:

—Y acabé de pasarlo al señor. Y dijo que se iba sin rumbo.

Pero le digo:

—¿Que usted está convencido [de] que le ha robado el oro?

—Señor, no hay quien más, mi gente es honradísima, mi gente no roba a nadie, y este bandido se llevó el oro.

—Yo tuve la precaución de hurgarle desde el último bolsillo aquí los trapitos, hasta la pantaloneta que, si tiene bolsillo, lleva un pedacito de oro. Y estaba que se temblaba. Y se fue llorando ese hombre de haber trabajado tanto para no tener utilidad.

—¡Cállese, por Dios! —me dice el señor Aguilar—. Y hoy estoy obrando más. Ahí tengo un santo de devoción. Y, ¿sabe? Hágame un servicio, vaya a liquidarme ahora tarde los cajoncitos, que yo le he de pagar con mucha fineza a usted. Y me voy a hacer un remedio, que yo tengo un santo de devoción en mi casa.

Se fue. Les ha dejado ordenando como trabajan en el que ya les voy a liquidar. Y él ya volvía al otro día. Cogió, volvió, y yo le pasé en la balsa. Pasó a su casa, pues. Y, en la casa de él, él había sabido la ceremonia. Después, me contó que tenía allá un San Antonio Moro, y que él le ponía o le lastimaba cualquier parte del santo, o le prendía una aguja, y le duele y tiene que declarar, o, si no, se muere. Había ido y le prende la aguja en el estómago al santo, y las tres velitas, para que le vele hasta que se termine las tres espermitas. Y una espermita de esas la guardé por si... Así había hecho *tonces*. El hombre se fue, y regresa al otro día. Entre la una de la tarde, y sé que se dice:

—Venga, venga, ya lo pasé en la balsa. Y le digo una mala nueva, porque el compañero de los de usted, ya lo está lo más muerto, y de veras se acalabraba el hombre ya moribundo. Un vómito y dolor de estómago terrible, que se encogía manos y piernas y se moría.

Como contarle esto, el señor. Aguilar dice:

—¡Ve, por Dios! Ha sido mi compadre el que roba el oro, y ya traje el remedio también.

¡Qué cosa había sido el remedio! Que llevaba un poco de cedrón, manzanilla, malva olorosa y una *espelmita*, de ésas que, para darle la contra, que con eso ya se cura, siempre que vuelva la prenda. Dice:

—Ya llevo.

Me agradeció y se fue en carrera. Va abajo y, verdaderamente, llegando le ha hecho la receta. Le dice:

—Usted es. Y nada más. Si no me vuelve el oro, usted se muere.

—Ah —*di*z que dice—, compadrito. ¿Sabe que yo le hice sólo de broma? Ya le iba a devolver.

Evidentemente, le da el remedio, y con eso ya se mejora. Y, terminando el asunto, porque ésa era la resolución. Ya ha estado mejor, y se vuelve, [de] vuelta don Valerio a hablar conmigo, arreglar de lo que yo le saqué. Le quedé los cajones y me dice:

—¡Por Dios! Por más lo que siento este hombre culparlo, y adónde lo hallo porque yo no quiero influir mi conciencia, robándole esta cantidad de oro a este señor. Yo tengo que buscarlo.

—Guárdese la mía también, si tiene fe en mi devoción, véngase más luego. Después de unas dos horas, pueda que ya esté llegando aquí. Se fue de *verasmente*.

Después de unas dos horas regresa y ya lo iba a llamar, que estaba internado en la montaña, por allá, el hombre escondido. Ya vino el hombre escondido y, cuando regresó, pues ya lo encontró allí, y se reaccionaron entre los dos y se perdonaron.

Y se fueron a repartir el oro, y, llorando, le pidió perdón don Aguilar a don Puertas. Pero don Puertas fue con honor. Se había repartido el oro. Hicieron cuentas de los gastos, y no trabajó más con el señor.

Y transaron, gracias [a] que yo intercedí muchísimo. Me querían recuperar, pero yo no era del carácter de recuperarme de ninguno, sino de felicitarle a los dos que danzaron felizmente, que gozaron de esos capitales, sin más arengas de muy allá, ni de más acá. Acciones tan gratas que parece que me parece que son, mediante fe con algo de superstición, tiene un efecto el más tremendo, y el más hermoso. Quisiéramos todos tener esa fe para nunca perder nada en la vida²⁵.

Tras la experiencia asombrosa de conocer relatos orales de tipo personal que intentan vestir a San Antonio de Padua con los ropajes de la más dramática verosimilitud, cambiamos nuevamente de género, de lente y de estilo para trasladarnos a los dominios del cuento tradicional y conocer este originalísimo relato colombiano, medio piadoso y medio irónico, que nos muestra a San Antonio intentando ayudar a su madre a salir del infierno, que fue registrado a una persona del municipio de Dagua, en el departamento del Valle del Cauca (Colombia):

Voy a echar uno de San Antonio. El santo San Antonio, mi abuelito le hablaba mucho a ese santo y él decía que le hacía muchos milagros.

Resulta que hace mucho tiempo —dice mi papito en su historia— que se había muerto la mamá de ese santo, de San Antonio. Pero como ella había sido un poquito malita,

²⁵ Salomé González Portela, *La narrativa oral de Loja y sur del Ecuador*, 4 vols. (Loja: Editorial UTPL, 2010) IV, núm. 164.

entonces estaba en el infierno. Entonces llegó San Antonio donde Dios y le dice:

—Oiga, hombre, lo que pasa es que como mi mamá —le dice San Antonio a Dios—, señor mío Dios, como yo soy siervo tuyo y mi madre está en el infierno, yo quiero que haga algo por ella porque de verdad yo quiero tener a mi mamá conmigo.

Entonces le dijo Dios:

—Bueno, esperemos. Déjame pensar eso y después arreglamos ese asunto.

Así que en el segundo día llegó Dios y le dijo a San Antonio:

—Mire, vamos a hacer lo siguiente: como su mamá en vida vendía hortalizas y en vez de entregarle las hortalizas que se le quedaban a la gente en caridad y llegaba y las botaba, entonces, esas hortalizas, más que todo las cebollas, que ella botó tanto, entonces usted va a coger esas cebollas y va a hacer una sogá larga.

Entonces empezó San Antonio a hacer esa sogá larga con esa rama de cebolla. Hizo una sogá larguísima, era tan larga que Dios nunca pensó que iba a quedar tan fuerte y tan larga.

Entonces dijo:

—Camine, vamos, yo lo voy a acompañar, vamos al infierno. Así que tira la sogá, cuando tú tires la sogá, dices el nombre de tu madre y ella ahí mismo se va a prender a él.

Entonces él llegó y le dijo San Antonio:

—¡Belarmina Quiñones!

Entonces llegó la mamá:

—¡Ay, mi hijo!

Se prendió de la sogá y empezaron a halar y a halar y a halar. Y entonces en esa alegría ella iba bien, y en eso muchas personas que estaban en el infierno también se fueron prendiendo de esa sogá y querían salir. Iban saliendo y eso iba haciendo pues la sogá así. Y al último llega y le dice:

—Pero qué tantas y tantos se cuelgan de mí, paran hijos santos como yo parí.

Y entonces se le soltó la sogá²⁶.

Entre las múltiples y curiosas ocupaciones que la tradición oral ha encomendado a San Antonio de Padua está también la del cumplimiento en algunos cuentos maravillosos (es decir, en el género *facticio* por excelencia) del papel de auxiliar mágico del héroe o de la heroína niños y jóvenes. O sea, la asunción de un papel que es común ver asociado a las ambiguas y paganas hadas y espíritus de los antepasados y no a los graves y recatados santos ortodoxamente cristianos.

Ello no deja de tener su lógica: como hemos comprobado de manera ya muy repetida, San Antonio de Padua ha sido tradicionalmente considerado *padrino* de criaturas en apuros, de niños amenazados y agredidos, muchas veces por el padre, o por la madre, o por ambos. Las hadas madrinas han desempeñado un estatus protector equivalente en innumerables relatos maravillosos, y han mantenido una guerra sin duda inmemorial contra padres crueles y contra suegras y madrastras sádicas en innumerables relatos. El que nuestro católico San Antonio se baje alguna vez de su hornacina de iglesia e intercambie sus papeles con los del hada madrina de algunos cuentos maravillosos no debe, pues, sorprender en exceso, siendo las facultades que tradicionalmente se les atribuyen tan parecidas.

El cuento maravilloso por excelencia, al menos en la tradición panhispánica, en que la presencia del

²⁶ Versión grabada por Sara Galán y por mí en Madrid, en el año 2007, a J. E. R., de 36 años.

santo es muy relevante es aquel que se conoce en España como *La abijada de San Antonio* (*A Young Man Disguised as a Man is Wooded by the Queen*, número 514** del catálogo internacional de Aarne-Thompson-Uther²⁷). Se trata de un tipo de relato relativamente raro en la tradición oral internacional. Hay atestiguadas solo unas cuantas versiones ibéricas (bastante escasas, por cierto), italianas, albanesas, griegas, judías, sirias, yemenitas, libias, tunecinas, argelinas, marroquíes, brasileñas y chilenas. Por supuesto que, en muchas de estas tradiciones, especialmente en las orientales y norteafricanas, el papel de auxiliar es desempeñado por personajes que nada tienen que ver con el santo cristiano, lo que corrobora el carácter adventicio de su inclusión en el cuento. Apreciémoslo mejor a partir de esta versión de *El abijado de San Antonio* que registré en Miajadas (Cáceres) en 1989:

Que fue una mujer que tenía muchos hijos; iba a tener otro, y no sabían cómo le iban a *llamá*. Y entonces se presentó San Antonio; dice:

—¡Le tienes que *poné* Antonio!

Pero fue niña, y le puso también Antonio, ¿sabe? Y entonces, resulta que poniéndola Antonio, pues era San Antonio su padrino, y ya cuando tenía edad el niño, dice:

—¡Te tienes que ir!

Así que pues fue el ése, y se fue. Dice:

—¡Te vas a ir —dice— de pavelo a palacio del rey!

²⁷ Véase la entrada correspondiente en Hans-Jörg Uther, *The types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004), núm. 514**.

Entonces se fue al palacio del rey de pavero. Entonces:

—¿Hace falta un paverito?

Dice:

—¡Sí, sí!

Pero se enamoró la reina de él. Entonces le decía:

—Ay —dice—, Antoñito, no sabes —le decía al rey—

Antoñito no sabes lo que quiere —dice—, que es capaz de hacer oro el lino que están hilando y *tó*.

Dice:

—¿Pero cómo va a decir eso Antoñito?

Dice:

—¡Sí, sí, sí! ¡Pues eso lo dice!

Porque la reina estaba enamorada de él, y de que él no la quería, pues el hombre, a ver. La mujer estaba *deseesperá*. Entonces ya se lo dice al rey, y vino el rey, dice:

—Antoñito, ¿es verdad que tú eres capaz...?

Dice:

—¡A ver, si Su Alteza lo dice, verdad será!

Entonces el otro decía:

—¡Válgame mi padrino, mi padrino me valga! ¡Válgame mi padrino!

Y entonces venía San Antonio y dice:

—¿Qué te pasa, qué te pasa?

Dice:

—Que dice la reina que soy capaz de hacer...

Dice:

—¡Ay, bueno, espérate!

Y lo hacía, ¿sabes? Hacía el oro. Entonces luego ya tenía una hermana muda, el rey tenía una hermana muda. Y la raptaron los moros. Y entonces —dice—, la reina otra vez volvió otra vez con Antoñito. Y Antoñito la decía que naranjas de la China, que no la quería. ¡Pero si era una muchacha! Claro, es que ella se creía que era un niño, pero era una niña, pero es que a ella la tenían que vestir de niño, y la vistieron de niño desde que nació, *pa* que se llamara Antoñito. Y dice:

—¿A que no sabes lo que dice Antoñito? Que él es capaz de sacar a tu hermana de la tierra de los moros.

Dice:

—Antoñito, ¿y cómo va a decir eso?

Y dice:

—¡Sí, sí, sí, eso dice Antoñito!

Total, que fue y —dice—, llamó el rey a Antoñito y dice:

—Di, ¿es verdad que has dicho tú a la reina que eres capaz de sacar a mi hermana de la tierra de los moros?

Dice:

—Pues sí. A ver, si Su Alteza lo dice, verdad será. ¡Válgame mi padrino, mi padrino me valga!

Entonces viene San Antonio. Y dice:

—Dime, ¿qué, qué es lo que te pasa ahora?

Dice:

—Ay, que dicen que soy capaz de sacar a la hermana del rey de la tierra de los moros.

Dice:

—Pues sí. Dílos que te den un caballo. Y cuando la cojas, allí estarán tres bailando. Tú coges a la del medio, ¿sabes? Y cuando lo cojas, tú te fijas en lo que te dice. Y cuando vengas a mitad de camino —dice—, te va a decir otra cosa, que se quiere escapar del caballo. —Dice—, pero tú no la dejes. —Dice—, tú no la dejes que se escape. Tú la agarras bien para que no se escape. Pero te fijas en lo que te dice. Y cuando vayas a *entrá* en palacio, te fijas en lo que te dice, que también te dirá otra cosa.

—¡Pero si es muda!

Dice:

—¡Tú no te preocupes! ¡Tú fíjate bien!

Entonces *pos* cogió un caballo, fue a la tierra de los moros, la vio bailar, la cogió y la montó en el caballo. Y va y salta, [y ella] dice:

—¡Ay, del oro!

Dijo la muda. El otro:

—¡Es esto!

Cuando venían a *mitá* de camino, se quiere *escapá*; dice:

—¡Ay, bella!

El otro también:

—¡Ah, pues esto me dice!

Y cuando entraban en palacio, venían ya, y iban a entrar en palacio, y dice:

—¡Ay, de amor!

Bueno. Pues entonces ya trajeron a la muda y se la dio al rey, y el rey tan contento. Pues otra vez la reina *pum pum* con el Antoñito. Y Antoñito, *tiquití*, que no era capaz, que no. Y entonces va y dice, dice:

—¿A que no sabes, dice, lo que dice Antoñito? Alteza, ¿no sabes lo que dice Antoñito?

Dice:

—Pues no.

Dice:

—¡Que él es capaz de hacer hablar a tu hermana!

Dice:

—¡Pues no me extraña, porque todo lo hace Antoñito!

¡Ay!, de que se lo dice a Antoñito, dice Antoñito:

—¡Madre, ay, mi padrino me valga, y válgame mi padrino!
¡Mi padrino me valga!

Ya viene San Antonio y dice:

—Pero ¿qué te vuelve a pasar?

Dice:

—Que dicen que yo soy capaz de hacer hablar —dice—, a la hermana del rey.

Dice:

—Pues sí. Tú di que pongan todos los reyes de todas las naciones y todo ahí. Que te pongan un buen banquete. Y tú la preguntas *tó* lo que te dijo en el camino, se lo preguntas, y ella te contestará.

Entonces la pusieron, hicieron una fiesta muy grande, porque tú verás, ¡hacer hablar a una muda! Dice [Antonio a la muda]:

—Cuando te saqué de la tierra de los moros —dice—, que te cogí, te monté en el caballo, y me dijiste “Ay, del oro”.

Dice:

—¡Porque me sacabas de la tierra de los moros!

Dice:

—¿Y cuando veníamos a *mitá* del camino, que te querías *escapá* —dice—, que me dijiste “Ay, bella”?

Dice:

—¡Porque los que veníamos en el caballo éramos dos doncellas!

Dice:

—Pues, ¿y cuándo me dijistes “Ay, de amor”, al entrar en palacio?

Dice:

—¡Porque si tú hubieras *sío* macho, pues mi hermano hubiera *sío* un cabrón²⁸!

El siguiente cuento maravilloso que vamos a conocer es aún más raro y original que el que acabo de reproducir. Está protagonizado por un hombre rico que promete, en medio de una tormenta, casarse con la joven más pobre del pueblo al que espera llegar si salva su vida. Mientras tanto, en el pueblo la joven más pobre ve morir a su padre asistido por un supuesto tío suyo del que ella desconocía la existencia (se trata de San Antonio disfrazado, por supuesto), quien le anuncia la llegada del marido redentor. No conozco ninguna otra versión oral peninsular del relato, que tampoco se halla catalogado como tipo en el catálogo de Arne-Thompson-Uther, lo que es indicio más que suficiente de su rareza excepcional. Sí es concordable con estas entradas del catálogo de motivos de Thompson:

²⁸ Versión grabada por mí a B. M. C., de 67 años, entrevistada en Míajadas el 19 de agosto de 1989.

M268: Matrimonio prometido por salvar la vida.

N811: Padrino sobrenatural.

N848: Santo auxiliador.

La versión que reproduzco fue registrada por mí a una mujer del pueblo de Zagra (Granada) en 1992:

Esto era una familia que estaba *mu* pobre. Y estaba *ná* más el padre y la madre. Con que fue el hombre, y ella *mu* guapa que era. Y el *ray* pues fue a, estaba la mar *mu alborotá*, y fue de viaje, y llevaba mucho tiempo en el mar y no sabía cómo ir a tierra, no podía embarcar. Y el hombre pues echó una promesa, que cuando saliera el barco a tierra, que se casaba con la más pobre que hubiera en el pueblo. Con que ya salió y preguntó que si había alguien en el pueblo pobre. Y le dijeron:

—Sí, *pos* Fulana.

Con que fue el hombre. Y el hombre [pobre] era devoto de San Antonio. Y *pos* un día *pos* le dice, dile:

—*Vamo* a llamar a esos que hacen el testamento, al notario, *vamo* a llamar al notario.

Y dice, dice el hombre, dice [su hija]:

—¡Mí padre lo que quiere! ¡Que no tenemos nosotros nada! ¿Qué va a *poné*?

Tenían *ná* más como una chocilla. Aquello era *mu* chico. Con que fue y lo llamó y dice:

—Abuelo, ¿qué quiere *usté*?

Y dice:

—*Pos* mire, yo quiero *havé* el testamento.

—Bueno, ¿y qué va *usté* a *poné*?

—Pues quiero poner el testamento *pa* mi hija. Quiero ponerle que tenga buena suerte y la honra de mi hija. Sí, ¿la ha puesto *usté* ya?

—¿Qué, abuelo, qué quiere *usté* más? ¡Sí, ya lo he puesto!

—Que tenga un buen *mario*, y que sea la honra de ella.

Bueno, pues el hombre se puso *mu malico*, y vino uno que era San Antonio. Vino con una maleta, y decía que era su tío. Dice:

—¡Mira, yo soy tu tío!

—¡Ay, nunca ha dicho mi padre *ná!*

A la hora de morir vino el hombre, y le traía su mortaja, y él le ayudó. Y ella estaba *apuraíca* porque no tenía a *naide* que le acompañara. Y dice:

—Pero tú, ¿y no ha dicho tu padre?

Dice:

—No, mi padre...

—¡Sí, pues yo soy tu tío!

Bueno, con que la apañó, apañó eso, y se quedó ella sola. Cuando ya, después de morir, pues vino el hombre, el que es el *ray*. Y le dijo que venía a casarse con ella. Y ella:

—¡Ay, no, este hombre lo que viene es hacer burla! ¡Tan pobre, y un *ray!* ¡Eso lo que viene a hacer burla!

Pues cuando acordó *pos* vino otra *vé*, y dice:

—¡Mire *usté*, *pos* yo lo pensaré!

—¿No tienes familia?

—Sí, tengo un tío mío.

Y era su tío el que era San Antonio. Cuando acordó, pues vino. Dice:

—¡Ay, mire *usté*, tenía muchas ganas de que viniera *usté!* Porque *mie usté*, me ha *salío* un novio *pa* casarme. Pero yo no me fío, porque, tan *pobretico* que *semos* y eso, venga a hacer burla.

Dice:

—¡No, cástate! ¡Que es que ese hombre ha *echao* una promesa y viene a casarse contigo!

Con que —dice—, dispusieron ya el día. Dice:

—¡Bueno, pues yo te traeré el vestido de novia!

Con que *despesieron* la boda y eso. Y vino el tío y le trajo el *vestío*. Y el padre la encargó a San Antonio, su hija la encargó a

San Antonio, y por eso *pus* vino. Y ya formaron sus *boas*. Y se casó con el hombre y estuvieron divinamente²⁹.

Como ya hemos podido comprobar, la aparición de San Antonio dentro de la trama narrativa de los cuentos tradicionales queda reducida a algún eco sutil pero profundamente motivado, a alguna reminiscencia que parece superficial, pero que si se analiza bien dista mucho de serlo. En una interesantísima versión panameña del relato internacional que es conocido como *The singing bone* (*El hueso cantor*), que tiene el número 780 en el catálogo internacional de cuentos de Aarne-Thompson-Uther, se va desgranando la historia de tres hermanos que son enviados en busca de *La flor de San Antonio*. Los dos hermanos mayores, egoístas y desaprensivos, fracasan en su búsqueda, pero el hermano menor, que es el único bondadoso y esforzado, sí que encuentra la preciada flor. Sus hermanos, envidiosos, le matan, pero él resucita de modo prodigioso. Aunque San Antonio no interviene directamente en el milagro de su resurrección, no puede ser fortuito, seguramente, que la flor que constituye una de las claves simbólicas del cuento se llame *de San Antonio* y que el niño resucite al tiempo que pronuncia el nombre de esa flor y del santo y revela mágicamente su filiación, si tenemos en cuenta que una de las especialidades milagrosas que se ha atribuido a San Antonio de Padua, según hemos visto ya a partir de una buena cantidad de relatos, es precisamente la defensa, el

²⁹ Versión grabada por mí a C. M., de unos 80 años, del pueblo de Zagra (Granada), en Madrid el 30 de marzo de 1994.

padrinazgo, de niños amenazados, agredidos o muertos, y la revelación prodigiosa de sus orígenes:

Dice que Pedro, Juan y Manuel salieron a caminar en busca de una flor de medicina para su abuelita. Cuando iban adelante, cada uno cogió un camino.

Se fueron y estuvieron caminando largos días para poderse encontrar; cuando se encontraron, caminaron un rato juntos. Después se desviaron y cogieron otro camino. El primero en llegar fue Pedro; llegó donde una viejita; la viejita le preguntó que qué deseaba, lo atendió muy bien. Como a la hora llegó Juan; también le preguntó la misma cosa, y como a la otra hora llegó Manuelito.

Se quedaron allí durmiendo aquella noche. Al amanecer del otro día se fueron y más adelante se encontraron con otra viejita. La viejita les preguntó que qué buscaban y ellos le dijeron que buscaban una flor que se llamaba San Antonio.

La viejita les dijo que no tenía. Entonces Pedro, que era el mayor, cuando ella le dijo que no tenía, le salió con una grosería; Juan le contestó lo mismo.

Partieron y dejaron a Manuelito. Manuelito se quedó hablando con la viejita. Entonces él le contó a la viejita el comportamiento de ellos con él; la viejita se condolió del muchacho más nuevo. Entonces ella sí tenía esa flor que ellos buscaban; como él se portó bien con la viejita, ella le dio la flor y le echó una bendición y entonces él le dijo que cuando regresaría, llegaría allí mismo.

Se encontró con los hermanos en la ciudad vecina; ellos le preguntaron que por qué él se había demorado; entonces él no les contestó nada. Ya él se puso a pasear y caminar en la ciudad. Al día siguiente, Pedro le dijo que tenía que ir porque la mamá lo esperaba. Partieron. Manuelito, el día siguiente fue el último en llegar. Llegó donde la viejita de nuevo a que le diera la flor; se fue y más adelante lo estaban esperando los otros hermanos donde otra viejita. Allí donde ellos estaban,

los hermanos de Manuelito, durmieron. Cada uno cogió su caballo y se fue; cuando a medio camino, los hermanos le preguntaron a Manuelito que sí él tenía la flor, lo registraron y no le encontraron nada. Como dos horas después, Juan le dijo a Pedro que se le había pasado una cosa que no le había registrado, que posiblemente en las medias la tenía; entonces se bajaron de los caballos y se la encontraron en la media. Entonces Pedro dijo que tenían que matarlo; lo mataron y lo enterraron a orillas de una quebrada. Cuando lo enterraron, se fueron para la casa a terminar de llegar.

Cuando llegaron a la casa, la mamá les preguntó que dónde estaba Manuelito; ellos le contestaron que él salió adelante y no lo vieron más. Entonces el padre mandó comisiones a la otra ciudad donde ellos estuvieron; entonces consiguió que le dijeran que ellos salieron juntos. También la comisión que nombraron, llegó a donde la viejita. La viejita les contó todo, se regresaron y entonces le contaron lo que les había dicho la viejita.

Como al mes, se fue un cazador a cazar por allí cerca de donde lo habían enterrado. Como a las tres de la tarde se sentó cerca de la quebradita y allí donde lo enterraron había nacido un palo de papalla y el palo tenía varias papallitas y él tumbó dos y se las comió porque tenía mucha hambre. Tomó agua, después tumbó una hoja y como esas hojas tienen un carrizo largo, hizo un pito del carrizo, comenzó a tocarlo y le salió una música distinta a lo que él tocaba. La música decía:

—Mis hermanitos me mataron
en playa menuda, menuda me enterraron.
Por la flor de San Antonio que la abuelita me dió.

Cuando él oyó eso, dejó de tocar y se llevó el pito para la ciudad, para su casa.

Cuando llegó allá, comenzó a tocarlo. Los chiquillos al oír esa música, corrieron a ver qué era; entonces unos chiquillos que eran vecinos del papá y la mamá de Manuelito,

les fueron a avisar lo que el hombre estaba tocando. El papá mandó a buscar al hombre con la flauta; entonces el papá se comprometió pagar al hombre veinticinco pesos al hombre de la flauta para que le tocara. Entonces el papá le dijo que lo llevara donde él había cogido esa flauta. Entonces el señor le dio tres hombres más y fueron allá con pico y pala.

Cuando llegaron allá, vieron un alto donde lo habían enterrado los hermanos.

Comenzaron a cavar y cuando lo cavaron, resucitó y entonces le contó al papá lo que habían hecho los hermanos con él. Entonces el viejo se fue con él y los otros hombres al pueblo e hicieron una gran fiesta. El papá mandó a los verdugos y el verdugo le dio una gran limpia a los otros hermanos³⁰.

Es hora ya de cerrar estas páginas, y lo vamos a hacer retornando a la figura de un San Antonio de Padua llamativamente aficionado a inmiscuirse en la trama de cuentos y de romances maravillosos, por lo general en episodios relativos al nacimiento y el cuidado de niños, y a la agresión a niños y a jóvenes de padres, padrastros o suegros (alguna vez también, pero menos, de personas ajenas a la familia). El tópico se repite, una vez más, en los párrafos iniciales de una versión del cuento de *La hija del diablo* (*The Magic Flight*, número 313C en el catálogo de cuentos universales de Aarne-Thompson-Uther) que registré en el pueblo de Orellana (Badajoz) en 1990.

No es posible reproducir aquí el cuento completo, que es muy extenso. Bastará señalar que el joven concebido

³⁰ Mario Riera Pinilla, *Cuentos folklóricos de Panamá* (Panamá: Ministerio de Educación, 1956) núm. 44.

y nacido bajo el padrinazgo de San Antonio tendrá que vérselas con su suegro, quien (en virtud del matrimonio con su hija) es nada menos que el diablo, de cuyas garras logrará escapar. Aunque después de estas menciones de los párrafos iniciales no vuelva el santo católico a reaparecer en ningún episodio del cuento, no cabe duda de que su padrinazgo del héroe desde el momento mismo de la concepción, dentro de esta preciosa versión del relato, no tiene, como hemos visto en relatos anteriores, nada de arbitrario ni de casual:

Era una señora que tenía muchas ganas de tener un hijo. Iba a San Antonio y le decía:

—¡Yo quiero un hijo! ¡San Antonio bendito, dame un hijo, dame un hijo!

Dice. Y ya le dijo un día San Antonio:

—¡Mira, que si te doy un hijo, te va a derrochar todo el capital que tienes...!

Dice:

—¡*Pos* le quiero! ¡Le quiero!

Dice:

—¡Bueno, pues te voy a dar un hijo!

Se quedó *embarazá* y tuvo un hijo. Y al *hacel* los quince años, dice:

—¡Te va a empezar a derrochar el capital de edad de quince años...³¹!

No es, el San Antonio que se ha paseado por estas páginas, el santo de las *vitae* católicas oficiales ni de los libros de milagros que precisaban (y precisan) el *nihil obstat* de la

³¹ Versión grabada por mí en Orellana a M. S., nacida en 1927, el 29 de julio de 1990.

ortodoxia. Es más bien su doble folclórico, el avatar sin censuras ni autorizaciones eclesiásticas que, al tiempo que se inmiscuye en cuentos de hadas y de diablos, es decir, que se nos aparece como puro personaje de ficción en el repertorio más intensamente ficcional que conocemos (el del cuento maravilloso), nos desvela una y otra vez sus credenciales de sujeto folclórico, de mago fabuloso, de taumaturgo dotado de mágicos poderes, que pone en práctica cada vez que logra escaparse (y el pueblo le saca muchísimas veces de allí, según hemos apreciado) de su hornacina de iglesia.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR PIÑAL, Francisco, *Romancero popular del siglo XVIII*, Madrid: CSIC, 1972.

CAMARENA, Julio, “Mitología del lobo en la península Ibérica”, *La leyenda: antropología, historia, literatura. Actes du Colloque tenu à la Casa de Velázquez, 10.11-XI-1986*, coord. Jean Pierre Étienvre, Madrid: Casa de Velázquez, 1989, pp. 267-289.

COSSÍO, José M^a de, y Tomás Maza Solano, *Romancero popular de La Montaña*, 2 vols., Santander: Tipografía Moderna, 1933-1934.

FLORES DEL MANZANO, Fernando, *Cancionero del valle del Jerte*, Cabezuela del Valle: Cultural Valxeritense, 1996.

GODOY, Jesús M^a, *Romancero de Lanzarote*, Arrecife de Lanzarote: Suplemento de *La Voz de Lanzarote*, 1987.

GONZÁLEZ PORTELA, Salomé, *La narrativa oral de Loja y sur del Ecuador, 4 vols., Loja: Editorial UTPL, 2010.*

GONZÁLEZ SANZ, Carlos, José Ángel GRACIA y Javier LACASTA, *La sombra del olvido: tradición oral en el pie de la sierra meridional de Guara*, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998.

JIMÉNEZ MONTALVO, Mar, *La literatura oral de Terrinches: géneros, etnotextos, estudio*, tesis doctoral, Alcalá de Henares: Universidad, 2006.

LÓPEZ ORTEGA, Ángel Antonio, *La poesía oral de los pueblos de Guinea Ecuatorial: géneros y funciones*, Vic: CEIBA-Centros Culturales Españoles de Guinea Ecuatorial, 2008.

LORENZO VÉLEZ, Antonio, “Romances tradicionales de Cañamero (Cáceres) (I)”, *Saber Popular*, 14 (2000), pp. 83-137.

NIEVES MARTÍN, Rafaela, *La literatura oral en San Vicente de Alcántara (Badajoz)*, tesis doctoral, Alcalá de Henares: Universidad, 2010.

PEDROSA, José Manuel, “El buen pastor y el pastor descuidado, o la divina virtud frente al amor humano (de la hagiografía medieval al cine)”, *E-Humanista*, 11 (2008) pp. 81-120. Disponible en: http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/volume_11/Articles/4%20Pedrosa.pdf

-----, “¿Hacen milagros los santos de madera? Devociones y escepticismos, poder y carnaval”, *Revista de El Colegio de San Luis*, Nueva época, III: 6 (2013) pp. 120-145.

-----, “Ritos para atar santos y diablos y para encontrar objetos perdidos: mito y folklore, magia y religión”, en *Magia y simbolismo en la literatura y la cultura*

hispánicas, edición de Sergio Callau, Zaragoza: Prames, 2007, pp. 12-45.

RIERA PINILLA, Mario, *Cuentos folklóricos de Panamá*, Panamá: Ministerio de Educación, 1956.

ROBLES FERNÁNDEZ, Alfonso, “Las ligaduras mágicas en el sureste: *atar al diablo* el día de la Encarnación”, *Revista Murciana de Antropología* 1 (1994) pp. 7-19.

THOMPSON, Stith, *Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols., Bloomington & Indianapolis-Copenhagen: Indiana University-Rosnekilde & Bagger, 1995-1958.

TRAPERO, *Romancero General de La Gomera*, con transcripciones y un estudio de la música de Lothar SIEMENS HERNÁNDEZ, San Sebastián de La Gomera: Cabildo Insular de La Gomera, 2000.

TRAPERO, Maximiano, *Romancero general de Lanzarote*, Teguiise, Lanzarote: Fundación César Manrique, 2003.

UTHER, Hans-Jörg, *The types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004.

ÍNDICE

Prefacio.....	14
<i>Amor, abandono, celos, venganza: algunas heroínas ovidianas en la General Estoria de Alfonso X el Sabio</i> , Belén Almeida.....	18
<i>De Pentesilea a Beatrix Kiddo: la mujer guerrera a través del tiempo</i> , Verónica Enamorado.....	48
<i>¡Que viene el coco! Monstruos infantiles del mundo clásico</i> , M ^a Val Gago Saldaña.....	77
<i>Mitología en las arquitecturas efímeras del barroco</i> , Miguel Ángel Hernández Fuentes.....	97
<i>María, la Medea cubana de José Triana</i> , María Jaén Castaño.....	131
<i>Edipo: el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo</i> , M ^a Dolores Jiménez López.....	152
<i>En el confín del océano profundo: imágenes y motivos del más allá griego en la poesía peninsular contemporánea</i> , Marta López Vilar.....	188
<i>La tradición de los sioux lakota: sociedad y mitología</i> , Margarita Paz Torres.....	222
<i>Los milagros de San Antonio de Padua: mitos, rito, folclore</i> , José Manuel Pedrosa.....	252